

Pontificia Universidad Javeriana.-  
Grupo de Filosofía del Dolor  
Director: Doctor Fernando Cardona  
Relator: Andrés Augusto Díaz Sáenz  
Texto en estudio: Ontología del accidente. Catherine Malabou.

---



(Marie Berthe, 102 años. Fotografía de Arianne Clément)

Un concepto de vejez supone adentrarse en sus variaciones, que en todo caso, hoy por hoy, giran en torno a la melancolía. Esta, la melancolía, corresponde, como ha señalado Canetti, al desenlace final de una metamorfosis de fuga fallida, aquella que ya no alcanza la transformación que salva y naufraga en la pena. Comienza cuando las metamorfosis de fuga han finalizado y se las percibe todas como inútiles. En la melancolía se es lo alcanzado y atrapado. Uno ya no puede escaparse. Uno ya no se transforma. Todo lo que se intentó fue vano. Uno está entregado a su destino y se ve como presa. Se está en línea descendente: presa, bazofia, carroña o excremento. Los procesos de depreciación, que hacen cada vez menos de la propia persona, se expresan en forma transferida como sentimientos de culpa. En el lenguaje contable, la depreciación acaece cuando los activos han perdido su vigencia por desgaste en su uso y deben ser dados de baja del inventario.

Quiero comenzar con un mito, no solo en honor a Hans Blumenberg, sino por aquel gusto, en realidad adicción, por los mitos: se trata del mito que representa a ese insecto del orden de los hemíptera, familia (palabra problemática para los viejos) familia de los cicádidos,

llamado Cigarra. En este creó se presenta, de forma poética, la imposible conciliación entre la temporalidad y la vejez.

La diosa Eos (Aurora) se enamoró del mortal y muy bello Titono, hermano de Ganimedes y de Príamo, el rey de Troya. Lo rapta (primera etapa de la metamorfosis: el rapto) y se lo lleva hasta la lejana Etiopía para que nadie se lo arrebatase. Le pide a Zeus que le conceda a Titono la vida perenne, pero, grave error, olvida pedir para su bello amado el don de la eterna juventud. Titono, humano como todos nosotros, envejece día tras día, lo que se convierte en un verdadero problema porque además de ser viejo ahora era inmortal. Con el paso del tiempo, Titono alcanza una ancianidad indecible (segundo paso de la metamorfosis): se aquieta, se arruga, se encorva, se seca, se encoge y termina encerrándose en un canasto de mimbre, como un muerto en vida en su perpetua, dolorosa y desesperanzadora longevidad. Eos, por piedad, lo termina convirtiendo en una cigarra (fracaso del milagro, comienzo de la metamorfosis). La leyenda griega dice que desde ese momento la diosa Aurora llora cada mañana y sus lágrimas son el rocío matutino. El cotilleo popular señala que la cigarra canta hasta **estallar** agobiada por el cansancio de su estridulencia.

La tragedia de envejecer eternamente sin poder morir está presente en la existencia del hombre. El tiempo de la vida individual es menor al tiempo del mundo, la tecnología tanto médica como de salubridad pública han permitido la prolongación de la vida más allá de las expectativas de otras épocas, pero en el caso de que pudiera prolongarse ad infinitum, cosa que la astronomía nos ha hecho ver como imposible, la pregunta es respecto de qué edad de la vida buscaríamos la perennidad. ¿La juventud, la adultez, la vejez? Sólo los héroes mueren jóvenes, dice el lugar común, y también los suicidas que, como Kurt Cobain o Ian Curtis deciden abandonar este mundo y nos dejan la nota en bajo de la razón, en realidad el misterio, de su abdicación a la vida. La recepción estética, con profundos matices, pervive por ejemplo en la imagen del vampiro, como maldición. Éste envejece eternamente, convertido en monstruo, hasta ser salvado por virtud del amor que él mismo busca porque, a pesar de sus siniestros poderes y del don de la longevidad por siglos, quiere morir. Eos no puede matar a Titono pero lo llora, y ese rocío que ha dado tanto a la agricultura y a la poesía no es cosa menor. Hay encerrada allí una disyuntiva entre lo mortal, lo inmortal y lo eterno, cuya respuesta el arte se ha encargado de modular de diferentes maneras. En los mitos de transformación, Proteo, Tetis por ejemplo, el tema de la vejez aparece, pero no hay estallido, nada explota, todo se convierte en oráculo. Las metamorfosis logran un punto de indiferencia, en el sentido de quien termina vencido adquiere el don impersonal de la profecía: quien habla es el vidente, el médium, no el yo.

En las sociedades nómadas, la vejez resulta una carga, en tanto la supervivencia del grupo está condicionada por su capacidad de desplazarse para la cacería. La vejez aparece como una debilidad, la debilidad por antonomasia, junto a la enfermedad y en general, todos aquellos acaecimientos que pongan en riesgo, en peligro, la supervivencia del grupo. Esto ocurre no solo en sociedades nómadas, sino también en grupos humanos, de acuerdo a los recursos de supervivencia con los que cuenta. Así por ejemplo, en algunas tribus africanas la edad promedio son los cuarenta años por deficiencias alimentarias y fundamentalmente, escasez de agua.

Pero no ha sido solamente un problema vinculado al carácter sedentario o transeúnte del grupo. Recuerdo ahora unas palabras que trae un reciente diccionario infantil, donde un niño,

preguntado sobre qué es un viejo responde: un viejo es un hombre que siempre está sentado. Posiblemente ahora, cuando el anciano es remitido al asilo, debiera responder: es alguien que ya no está en esta casa (domus), pero estará **seguramente** sentado en alguna silla del asilo.

Las clases sociales durante mucho tiempo, como en el caso de Roma, permitieron que las familias con mayores recursos alcanzaran una edad más avanzada en la vejez. Envejecer entonces está asociado a ciertas capacidades alimentarias, de trabajo, que inciden en el paso del tiempo. Cicerón alcanzó los 63 años, y de seguro habría vivido más, si no hubiera sido decapitado. El destino juega malas pasadas, y no previó, desde su oficio de senador, que sucedería ese “accidente”. En todo caso, y no sobra reiterarlo, el enano romano deriva su nombre precisamente de la condición senil.

Séneca vivió aproximadamente 64 años, y tal vez hubiera llegado a los 70 si no se hubiera tenido que abrirse las venas en la tina, para escapar a la orden de muerte de Nerón. Suicidio y accidente se unen en una liturgia solitaria. El suicidio es, en ese caso, positividad, pretende llevar a la vida, al acto de libertad, la muerte. Pero de manera paradójica, esa libertad no puede ser otra que su propia y definitiva anulación. El suicidio llega hasta los actos preparatorios y definitivos. Pero cruzado el umbral de esos actos, lo que adviene es la muerte impersonal.

Cómo pueda asumirse el concepto de vejez es una historia de la concepción del mundo. Cicerón, por ejemplo, en su texto sobre la vejez, reconoce que es una edad de disminución de facultades y capacidades, pero no resulta gratuito que se refiera a la agricultura como un espacio conveniente para esa edad. Con estoicismo, y sin soslayar el carácter negativo de la vejez, Séneca advertirá que “el recto y entero corrige las maldades de la fortuna y suaviza lo duro y lo áspero con el arte de sobrellevarlo, de modo que recibe lo favorable con gratitud y modestia, y lo adverso con constancia y fortaleza”.

La vida aparece ligada también a la cosmología. Corresponde a un ciclo. Esta visión cosmológica aún se mantiene en textos como el de San Agustín, pero en el santo existe una concepción del tiempo que ya no es meramente cosmológica, sino que está vinculada a la concepción cristiana del tiempo: las edades corresponden a la creación del mundo de acuerdo al Libro sagrado, en camino hacia el encuentro con Dios (Pascua). Es el final de los tiempos el que señala la ruta, no el pasado. Así lo señala Pablo de Tarso: el cristiano debe vivir, sufrir, en una estado de inminencia del *eschatón*

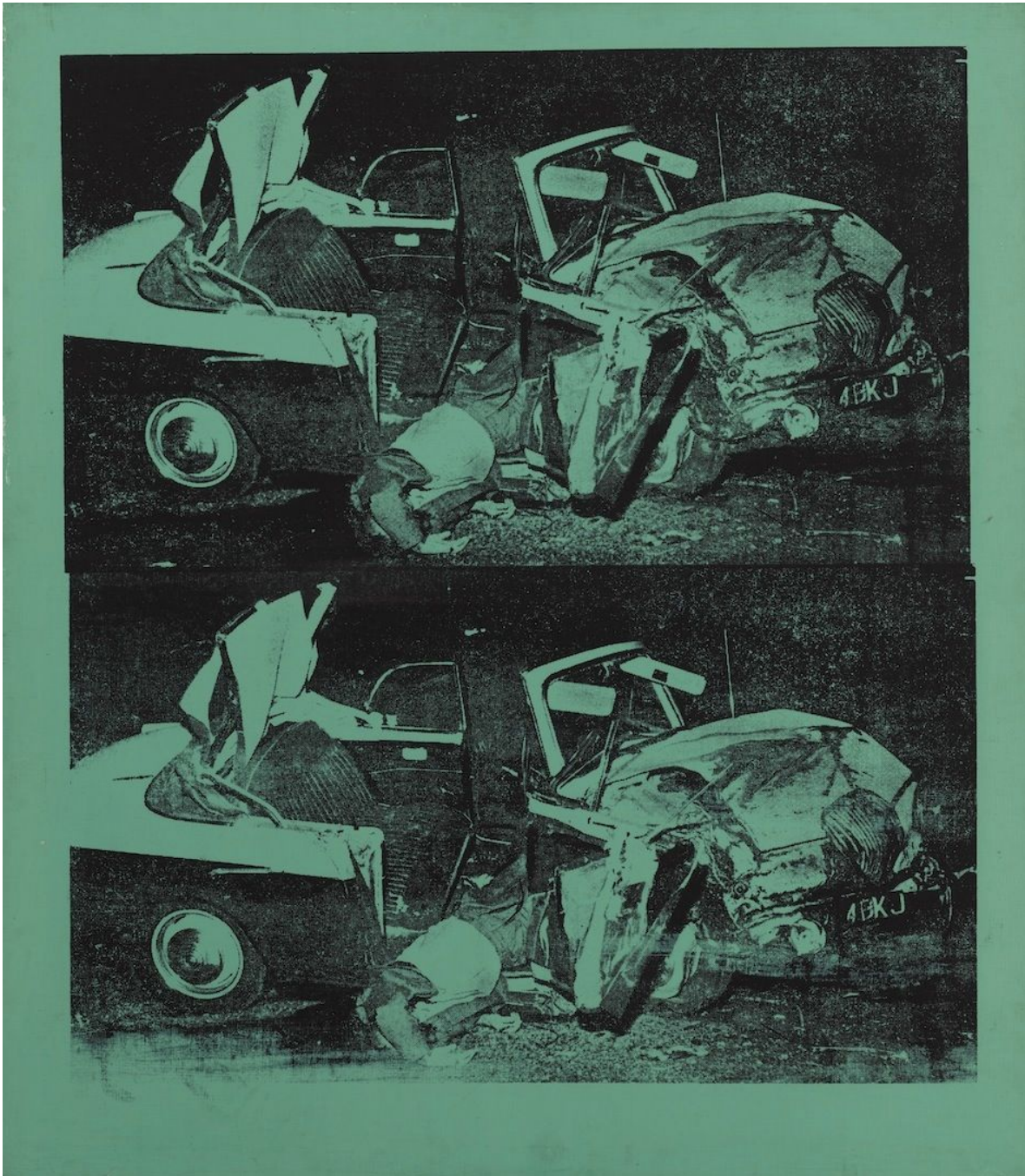
Ese calendario puede resumirse así: Edades del hombre Creación Historia 1. Infancia (pre-verbal) Luz De Adam a Noé 2. Pueritia (verbal) Cielo y tierra De Noé a Abraham 3. Adulescentia (15-30) Vegetación De Abraham a David 4. Juventus (30-45) Galaxia De David a Babilonia 5. Maturitas (45-60) Peces De Babilonia a Cristo 6. Senectus (60-) Animales/hombre De Cristo hasta el final. Agustín incluso se refiere a la decrepitud, a partir de los 80 años.

En esta concepción, como en las que desarrollará por ejemplo la literatura sufí y en general la tradición literaria árabe de la Edad Media, la vida se observa como un viaje, una peregrinación, y la vejez, por decadente que sea, como un encuentro con la divinidad. La vida es una peregrinación y no un viaje en avión, como propone Malabou desde una recepción presentista. Y si bien en ambos hay peligro, como lo relatan autores medievales (el bandidaje, el

saqueo), no existía el término explosión. Nadie explotaba en el peregrinaje, podía ser despojado o muerto, pero no estallaba. Sin duda hay aquí un concepto subrepticio, como otros quizás que, si nos permite la providencia expondremos: el concepto de velocidad, la aceleración como concepto de la vida contemporánea, al cual se ha referido con profusa ejemplificación Paul Virilio. Este autor se asombraba de cómo luego de un ataque aéreo con bombas, al otro día encontraba que la ciudad en que había vivido ya no existía. Una transición entre el concepto rural al cual aludía Cicerón, al concepto de urbanismo, y todo lo que ella conlleva, como tuve la oportunidad de señalarlo en algún protocolo al citar a Rilke. La ciudad supone el asilo y el hospital como dos de sus sinécdoques más comprensivas. Por otra parte, la progresiva desintegración de estructuras grupales, familiares y comunitarias, describen un concepto del anciano en el cual considero se inscribe Malabou: la dificultad, o imposibilidad de conmemorar, un acto colectivo que supone también conceptos diferentes del ciudadano contemporáneo. Pero la metáfora del viaje en avión oculta, además del asunto de la velocidad, otro más grave: el concepto de peligro y su contrapartida. En el “mundo securitista” en el cual vivimos, que para decirlo con Heidegger no es otra cosa que el emplazamiento de las emociones a través de nociones como aceleración, terrorismo, bomba nuclear, etc, las mejores normas de prevención al peligro son las que traza la aeronáutica en todo el mundo, y éstas llegan a una perfección mayor en la astronáutica. También suponen otra forma de peregrinación, pero igualmente, otra forma del tiempo de la carne humana, nuestra textura corporal finita. La peregrinación se convirtió en un veloz viaje por la atmósfera y por el espacio sideral. Y esto supone una consideración diferente de las edades del hombre, pero también, una exacerbación del concepto de riesgo. Como ha señalado Ulrich Beck o el mismo Luhmann, habitamos en una sociedad basada en la heurística del riesgo. El terrorismo es uno de ellos, que adquirió especial valor político con el ataque a las torres de septiembre y que tiene como esencia la inmolación de los terroristas con finalidades de destrucción y de “comunicación del terror”.

He citado la palabra providencia no solo por un acto de fe sino por un asunto que no creo de menor valía, y en este caso es más una suspicacia que una afirmación. Mientras, como señala Pablo de Tarso, el mundo está en un *como si* se atendiera el fin (Agamben), o por lo menos en tránsito hacia el fin de los tiempos, el concepto de accidente corresponde a una ontología gnóstica o por lo menos jansenista: la sucesión del tiempo es susceptible de ser rota por el rayo del demiurgo, su intervención súbita y cruel en la realidad. El accidente nos trae la explosión, tal vez la muerte, pero si en el cristianismo antiguo esto podía ser el encuentro con la trascendencia, el tránsito por este mundo sembrado de sufrimiento es simplemente exacerbado por la irrupción súbita del mal en toda su magnitud. Como en la transformación se hace imposible mantener un antes, abordamos el mundo de la melancolía. Esta puede ser incluso una “tristeza” producto de un mundo que parece tener tantos goces, que el hedonismo se transforma en aburrimiento. En el caso del terrorismo, el miedo es tal que ni siquiera hay oportunidad para el llanto. El sujeto ya es otro, o ha desaparecido por completo.

Andy Warhol, entre los años de 1962 a 1965, se ocupa de explorar el accidente, el crimen y el desastre. Utiliza el recurso de la fotografía, sobrepintada en sepia y seriada en múltiples repeticiones. Si a Blumenberg lo asombraba en la fotografía la noción de un mundo que se crea sobre el celuloide, a Warhol lo aterraba el mundo que en fotografía se destruye abruptamente: en qué momento el acto repetitivo, la rutina, termina en colisión, destrucción y muerte.



Andy Warhol. "Green Disaster Twice" (1963)

El Warhol tanático siempre ha sido más fascinante que el de las sopas Campbell, y ya está presente en obras como las Marilyn o Elizabeth Taylor. Hay algo trágico en toda estrella: debe estallar víctima de su propio brillo. Y por otra parte, en una sociedad que de manera narcisista ha construido el estereotipo de eterna juventud y además, de invulnerabilidad, la pregunta por esa irrupción fatal, inesperada, resulta por lo menos digna de auscultarse. Pues bien, el accidente llega, y Warhol, entre otros, queda fascinado por un desastre aéreo de la

compañía Air France que acabó con la vida de 129 personas. No es casual que *En Busca del Tiempo perdido* se inicie con un contraste: el recuerdo de la magdalena, pero también la noche en la cual los niños observan la linterna mágica que muestra la historia de Brabante. Barthes acuerda con Proust que a través de la fotografía se activa una simultánea y extraña percepción del aquí y del allá, del entonces y del ahora que conlleva a una melancolía caracterizada en sus textos como “esto ha sido”. También, agrego, no solo ese acto asombroso de un mundo que nace en el cuarto de luz roja, sino el mundo que, por virtud del accidente, asombraba a Warhol y encontramos en obras fotográficas como las de Metinides. El accidente, la muerte, es un flash, como podrá verse en el acápite siguiente al tratar la prematura vejez de Marguerite Duras, producto del alcoholismo y su estilo, tejido sobre una percepción en flash del acontecimiento.



Marguerite Duras (fotografía tomada de MUBI)

Existen también distopías. James Ballard, en *La exhibición de atrocidades*, escrita en los 60 y convertida en la película *Crash* por David Cronenberg se refiere a un “club” de personas que han sido víctimas del accidente automovilístico. Conforman una especie de membresía en la cual tienen por ritual producir, en medio de un duro juego entre el eros y la muerte, accidentes automovilísticos fatales. El ganador es quien más heridas logra, pero “a la final”, quien verdaderamente triunfa es quien logra el “suicidio por accidente”. Como en los actos terroristas, esa inmolación se “lleva a otros por delante”, como se dice coloquialmente: el rehén o el que accidentalmente pasaba a la hora y el lugar equivocado. Pero ese acontecimiento no necesariamente incluye a los viejos, pues como le dice un viejo jefe a un joven que quiere ser aceptado en la banda de pistoleros en una película de Western “en este trabajo ser joven es importante si se llega a viejo”.

Centrémonos de nuevo en la vejez: Bioy Casares, en *Diario de la Guerra del Cerdo* propone una distopía, que para mis sesenta y un años ruego no llegue a volverse realidad, en la cual los jóvenes deciden matar a los viejos por su condición de tales. Don Isidoro Vidal, un jubilado, respecto del cual no ha sucedido aún la pérdida de la libido, y no es claro que haya alcanzado lo que San Agustín llama la decrepitud, despierta un día con la mala noticia de que los jóvenes están asesinando a los viejos, pues representan lo vil, lo repugnante, lo desechable. Los jóvenes matan al viejo que van a ser, dice el autor en la novela, y se propone un alzamiento de los jóvenes contra la dictadura de los ancianos.

Pero no podría concentrarme en la lectura de Malabou sin antes citar esa obra a mi juicio importante para entender qué es ser viejo en épocas de psicoanálisis toda vez que, un poco en distancia de Malabou creo que las dos versiones a las que alude y que ejemplifica principalmente en el texto de Proust corresponden en realidad a una sola versión: el psicoanálisis es apenas un acicate, un delineador del concepto de vejez tanto como acontecimiento súbito, en últimas como accidente, y también como proceso de decrepitud. Si bien el psicoanalista intenta una reconciliación con el pasado, abre su negatividad cuando centra en la libido la condición fundamental, cuando articula la comprensión del hombre en la restitución de una memoria subjetiva y además solitaria, sin tener en cuenta que la memoria, Mnemósine, es una recolección de la comunidad. Pero también, cuando despoja al viejo de la principal tarea que se cumple en la vida, desde el momento en que arribamos a este lugar: amar y ser amado. Tarea de la memoria que no es solamente una suma de recuerdos sino de emociones. Tal vez, en lugar de procurar una cura basada en conceptos “puritanos” debiera existir un mundo como *La casa de las Bellas Durmientes* de Yasunari Kawabata, un delicado y psicodélico burdel de luces azules donde los ancianos encuentran, bajo los influjos del opio, no solo los recuerdos, sino la intensidad del amor. Buñuel decía que el anhelo erótico sucumbe a los 90 años. Concluyo ofreciendo excusas por la profusión de citas, vicio de todo ensayo como lo demuestra Montaigne, pero no puedo soslayar una final: aquel verso de Wislawa Szymborska, la poeta polaca premio nobel de 1996 que dice: “nacemos sin experiencia, moriremos sin rutina”. La muerte es el último y más venerable estallido.

**Lectura de Malabou y algunas acotaciones al margen.-**

En el aparte cuya relatoría se aborda en este escrito, Malabou intentará responder a la pregunta:

¿Cómo y por qué poner en el mismo plano al envejecimiento y a la enfermedad? ¿Una no es progresiva y natural? ¿La otra no es siempre inesperada, repentina y escandalosa?

¿Cómo pensar estos cambios de identidad como si procedieran de un mismo registro, el de la plasticidad del *conatus*?

El cambio de naturaleza del ser finito corresponde, como ha señalado Malabou no a un cambio en términos de elasticidad, toda vez que este concepto supone un retorno al estado anterior.

Por el contrario, se trata de una plasticidad destructiva, una modificación de la identidad que va más allá del simple desgarramiento. En ese sentido, conceptos como el envejecimiento, la enfermedad grave, exceden el concepto de elasticidad. Lo que encontramos es una modificación total de los movimientos, un desorden de las direcciones. Se trata de un poder metamórfico destructivo, y sin reintegración posible. Una potencia de aniquilación que reside en la constitución de la identidad, y que hace imposible el retorno, un adiós que se produce en vida, y cuyas manifestaciones son la frialdad, la neutralidad, la ausencia, el estado emocional “plano”.

La percepción de Malabou tiene como referente la vejez con Alzheimer, en la cual se producen algunos de estos síntomas. Aborda el tema de la vejez señalando que hay dos concepciones opuestas del envejecimiento, dos modos de plasticidad, una creativa y otra destructiva. El envejecimiento puede ser concebido como **cambio**. La primera concepción es la aceptada por la opinión corriente de la comunidad científica, de carácter teleológico, según la cual el envejecimiento es el fin natural de la vida, la decadencia que sucede luego de la madurez. Corresponde a un movimiento progresivo: el volverse viejo.

Resulta interesante en este aspecto la metáfora que propone Malabou y a la cual nos hemos referido: el envejecimiento como un viaje en avión. Es una experiencia “de todos”: Todos, valga la redundancia, ya hemos tomado un avión, señala. Un plan de vuelo se descompone en tres partes: el despegue, el descanso y el descenso. Si asimilamos la infancia y la juventud al despegue, la edad adulta al descanso, el descenso podrá representar el tiempo que falta para llegar al suelo”. Envejecer recuerda el descenso: el envejecimiento puede compararse con el descenso de un plan de vuelo, vivenciado pasivamente por un sujeto que se sitúa en el seno del determinismo biológico, tal como si se tratara de un pasajero en un avión comercial, o vivenciado activamente en el caso de que el sujeto decida tomar las cosas en sus manos tal como un piloto toma el mando de su avión”. La metáfora del vuelo permite precisamente caracterizar el envejecimiento como un proceso lento y progresivo, que comienza a mitad de la vida y que, para no ser necesariamente lineal o sin turbulencias, procede con un paso ordenado por etapas. Según el esquema del volverse-viejo, ser plástico consiste en saber dar forma a la decadencia de un modo progresivo, en cierto sentido inventar su envejecimiento; saber “hacerse” y “mantenerse joven”. La pérdida de plasticidad es entendida, de manera inversa, como aceptación del descenso, repliegue, pasividad o pura receptividad a la destrucción o a la explosión finales, sin la opción de una creación de forma.



La segunda concepción no sólo no define el envejecimiento como un proceso progresivo, sino como un acontecimiento. Una ruptura súbita, un accidente en vuelo, si se quiere. Siempre habría, en todo envejecimiento, incluso en el más apacible, una dimensión accidental y catastrófica. Esta concepción del envejecimiento-accidente complica el primer esquema. Nos enseña de cierta manera que, para envejecer, el volverse viejo no basta. Falta algo más, el acontecimiento de la vejez. Súbito, imprevisible, y que hace temblar todo de golpe. Esta concepción del envejecimiento ya no podría ser denominada volverse-viejo sino más bien “instantaneidad de la vejez”, si aceptamos entender con ello una metamorfosis inesperada y súbita, como a veces leemos en ciertos relatos: “su cabello se había vuelto blanco en una noche”.

Se trataría así, tanto en el envejecimiento como en la muerte, de la instantaneidad. La pregunta que se hace Malabou es “¿Envejecemos y morimos de manera natural o violenta? ¿Es la muerte completamente una cosa o la otra? La vejez sería una fractura existencial y no una continuidad. Aquí, señala, cobra un papel relevante la patología. En el proceso de envejecimiento puede sobrevenir el accidente patológico que viene a interrumpir el devenir y a introducir la dimensión acaecida de la metamorfosis. La misma enfermedad y la misma lesión pueden ser interpretadas a la vez según el esquema continuista y según el esquema acaecido. La enfermedad también puede ser considerada como el cumplimiento de un destino y como una ruptura. Para Malabou, la comprensión de estas dos formas de pensar la vejez permite abordar una aproximación satisfactoria a la patología mental del individuo.

La primera concepción del envejecimiento, el volverse-viejo, está gobernada por cierta comprensión de la plasticidad que, en lo esencial, ha sido elaborada por el psicoanálisis clásico.

El uso del concepto de “plasticidad (*Plastizität*)” es muy sostenido en Freud. Él dio a dicho término dos significados fundamentales. En primer lugar, está lo que denomina la “plasticidad de la vida psíquica”, que designa el carácter indestructible de las improntas que forman el destino psíquico del sujeto. Sabemos que, para Freud, nada de lo que ha sido vivido se olvida. La huella es indeleble. La impronta puede ser modificada, deformada y reformada, pero no puede ser borrada. La plasticidad en ese sentido se parece al sueño. Cada día nos recobramos, y resurge esa identidad que el sueño disgrega.

La plasticidad designa entonces la posibilidad de transformarse sin ser destruido; caracteriza toda la estrategia de la modificación que esquivo la amenaza de la destrucción. La segunda definición freudiana de la plasticidad concierne a la vitalidad de la libido. La plasticidad de la libido se relaciona con su movilidad (*Bewegtheit*), es decir, con su capacidad para cambiar de objeto, para no mantenerse fija y poder cambiar de investidura. La energía sexual y amorosa inviste un objeto, pero ella no debe engancharse a él para siempre, debe guardar cierto grado de soltura –de plasticidad, precisamente– para poder atarse a otro objeto, en otros términos: para mantenerse libre.

En *L'Âge et le principe de plaisir*, Le Gouès retoma la doble articulación freudiana del concepto de plasticidad, a saber, la indestructibilidad de la vida psíquica y la tenacidad para la investidura libidinal. Muestra que el sujeto que envejece se esfuerza por compensar la debilitación natural de la segunda por una insistencia inconsciente en la primera, lo que se marca por un retorno a las formas psíquicas infantiles. El anciano se supone que recupera el solipsismo y el egoísmo

del niño. La debilitación libidinal se acompaña efectivamente de un reforzamiento de las pulsiones parciales pregenitales y de un repliegue

Curar equivale necesariamente a apoyarse, de una manera u otra, en ese resto, en los retazos de la infancia.

La concepción de la vejez accidental apela ciertamente a otra clínica que la de la práctica psicoanalítica. Frente a esa concepción, Malabou señala que podría ser que la vejez surgiera de golpe, en un instante, a la manera de un trauma, y que ella nos transforme súbitamente en un sujeto desconocido, sin previo aviso. Un sujeto que ya no tendría infancia y que viviría un porvenir agotado. Respecto de esa situación, la atención médica debería ser otra: se trataría de escuchar o de cuidar a los adultos mayores como lo hacen los equipos de células de urgencia luego de una explosión o de un atentado. Escuchar o cuidar a los adultos mayores como víctimas de un traumatismo.

Malabou concluye este acápite con una interesante digresión sobre el pasaje de El tiempo recobrado en el cual el narrador viejo vuelve a ver a sus antiguos conocidos luego de años de ausencia, en la “matiné” dada en el hotel de Guermantes, es una extraordinaria puesta en escena de las dos concepciones de la vejez recién evocadas, el volverse-viejo y la instantaneidad de la vejez. En cierta medida, Proust las hace coincidir. Dicho con mayor exactitud: En busca del tiempo perdido, las lleva a chocarse la una con la otra, a chocarse entre sí, en el secreto de una vertiginosa y angustiante unidad. Los invitados se han vuelto irreconocibles. Pero,

Uno tiene la impresión, señala, de que perspectiva deformante del deshacer la forma que corresponde al simple pasar de los años y desemboca en la escultura de un ser que efectivamente ha cambiado de aspecto pero que, en el fondo, sigue siendo el mismo. Un ser “vuelto viejo”, revestido de accesorios que le han sido agregados por el tiempo: arrugas, ojeras, barba blanca, espalda encorvada, aumento de la silueta, pérdida de transparencia y de elasticidad de la piel.

Por un lado, la composición del nuevo individuo parece estar hecha sin choques, al término de un movimiento gradual, y de una puesta en escena incesante y sin contratiempos, como si el tiempo superpusiera al sujeto a sí mismo. Los personajes parecen estar disfrazados, como si actuasen un papel. Se han vestido con postizos y pelucas, han intercambiado la forma de su cuerpo con sus primos, han vestido extraños burletes artificiales.

Esa es la paradoja del envejecimiento: aparecer como un maquillaje, desarrollar este arte de sastre para fabricar el más natural de los estados. El travestismo es el mejor aliado del volverse viejo, su figura y su obrero cómplices. Sin embargo, esta misma metáfora del travestismo vuelve más compleja la interpretación del envejecimiento. Si hay necesidad de travestismo, es porque la vejez es fundamentalmente una ruptura; ella quiebra el ser en un punto que no puede ser localizado, le hace cambiar su ruta, lo lleva a ser otro, a medida que va cambiando. Los viejos de la escena proustiana están a la vez disfrazados de lo que son y transformados en personajes totalmente distintos. Son, a la vez, *travellings* de sí mismos e instantáneas de una metamorfosis absoluta. Ya en obras como *La muerte en Venecia* de Thomas Mann aparece el tema de la simulación de juventud, de otra edad, que ciertamente toma

elementos del travestismo, pero que sigue moviéndose como transformación fallida. Aschenbach, para alcanzar, por cierto de manera ideal, el amor de Tadzio, acude al salón de belleza para obtener un maquillaje que simule la edad juvenil. Apuesta de juventud por cierto trágica, toda vez que, como más adelante se mostrará en la novela, lo que queda es un pastiche que, en la búsqueda del amor correspondido, se encuentra con la peste en la ciudad de Venecia. Sin embargo, es preciso situar la actitud proustiana en un hedonismo cultural muy propio de la época y que la cultura de posguerra en occidente ha llevado a un nivel superior: la intervención estética, el uso de químicos (botox) lleva aparejado el íntimo deseo de parecer joven o por lo menos, intentar detener el proceso. La exacerbación de esa positividad construye, de contera, la percepción de la vejez como asalto, como estallido. Como señala Malabou, dada su ambigüedad, la vejez no es en absoluto una obra de verdad. Entre el devenir progresivo y la precipitación instantánea, ella nunca manifiesta la “verdadera” naturaleza de los seres, una naturaleza que se mostraría “finalmente”, incluso si ella acentúa los rasgos destacados del individuo, según la deformación progresiva evocada antes, comparable al trabajo de un artista.

La vejez escapa a la verdad, escapa de su propia verdad y de su poder de revelación. Lo que ella permite ver es tanto el *uno*, el ser idéntico a sí mismo, y el *otro*, el ser totalmente metamorfoseado. Vemos, agregaría, como en el mito de la cigarra, la paradoja de la duración infinita, huera de la lozanía de la juventud. Proust no habrá dejado de insistir en esta ambigüedad plástica del tiempo. La progresión, la evolución, la inflexión, la repetición, pero también lo instantáneo, lo infinitamente rápido, el choque, el accidente, que parecen escapar a la duración, o, al menos, que parecen introducir en el espesor de la sucesión la bifurcación no fechable de la destrucción, palpitante y magnífica.